

El huésped o la vida desde el error

77

U nas cortas y quizá innecesarias alusiones a ciertos productos de la industria cinematográfica nos ponen a seguir una pisa falsa al inicio de la novela *El huésped*, de la mexicana Guadalupe Nettel¹: “Siempre me gustaron las historias de desdoblamientos, esas en donde a una persona le surge un alien del estómago o le crece un hermano siamés a sus espaldas”². Por ello, la impresión de estar frente a una historia de perso-

najes dobles – estilo Dr. Jekil y Mr. Hyde- tarda en evaporarse, sobre todo, por tratarse de un tópico bastante transitado en la literatura mundial y sobre el que existe un imaginario muy extendido.

La narradora protagonista de *El huésped* se llama Ana, una niña que vive y crece consciente de que en su interior también vive y crece un ente al que no atina mejor manera de llamar que *La Cosa* -así

1 Nettel, Guadalupe (2006) *El huésped*. Barcelona. Anagrama
2 *Ibid*, 13

con nombre propio y con mayúsculas- que amenaza con tomar el control de su vida.

Quizá esa impresión inicial de estar frente a la reedición de un lugar común hace que la historia de transformación personal, que se descubre después, se eleve muy por arriba de la falsa expectativa creada por un inicio engañoso. Ana y La Cosa, que al principio parecen una dualidad conflictiva y atormentada resultan, a la larga, un modelo de unicidad, una forma de convivencia, no digamos armoniosa, pero sí viable, entre un cuerpo y una psiquis en el mundo de la mendicidad y, llamémosla así por ahora, la locura.

De modo que un primer intento por leer críticamente esta obra implica necesariamente una organización textual, un mapa de orientación temático respecto de los principales núcleos de significado que componen la novela. Así, puedo distinguir

tres ejes narrativos sobre los cuales descansa la trama:

1. Un estado que podríamos llamar de parasitismo de La Cosa en el cuerpo y la mente de Ana; 2. La ceguera como camino paradójico para esclarecer la vida de la protagonista y su relación con el ente que la habita; 3. El devenir de Ana hacia la mendicidad y al encuentro con lo que, a falta de mejor definición, voy a seguir llamando locura.



Lo que sigue es una

propuesta reflexiva sobre cada uno de estos aspectos y su relación con la noción de los cuerpos extraños en la narrativa latinoamericana.

1. El parasitismo de La Cosa en el cuerpo y la mente

Aparte de la posesión física que comienza a ejercer La Cosa sobre Ana, también hay una posesión mental. La Cosa actúa sobre la psiquis de la niña y le provoca un es-

tado mental de opacidad, una nebulosa donde todo parece diluirse y desdibujarse. El primer territorio invadido es el de los sueños, los recuerdos, la memoria, es decir, esa dimensión de la conciencia a partir de la cual creemos tener certeza de nuestro lugar en el mundo.

De modo que la primera reacción de Ana ante la crisis consiste en encontrar la manera de conservar la memoria: "Realmente me gustaría exponer mis sueños en un museo, pero no sé dibujar, y estoy segura de que la culpa es de La Cosa"³. Por eso quiere dibujarlo todo para poder cosificar sus sueños, una vez que entiende que tendrá que convivir con su acompañante el resto de su vida.

Dejar un registro de su paso por el mundo parece ser la obsesión temprana de una niña que apenas va a la escuela. Una especie de marca personal en la materialidad de la vida antes de que todo se vuelva difuso por acción de un enemigo indescifrable. Un impulso racional, de todos modos, que contrasta con la conducta irracional a la que la empuja el huésped de su cuerpo y de su mente.

Mediante varios comportamientos inconscientes de Ana, La Cosa parece ser la manifestación ese estado de enajenación mental conocido comúnmente como locura. Ana muerde el cuello de una compañera que le ha ofrecido un pastel por su cumpleaños, pero no tiene conciencia de ello; muerde también la muñeca de su hermano menor, en cuya piel estampa un signo en lenguaje Braille, que después va a tomar un significado especial, pero lo hace durante un momento nebuloso de su conciencia.

La Cosa se revela como una presencia ineludible a medida que Ana deja atrás su niñez y adolescencia y busca el modo de convivir con su huésped interno, en una sucesión de períodos de paz y conflicto, de lucidez y ofuscación, como dos extremos que se tocan. Los psicólogos clínicos dicen que ese es un signo de la llamada esquizofrenia.

Sin embargo, la autora no parece estar diseñando una historia de patologías mentales, sino más bien planteando un modelo narrativo para aproximarse al siempre

conflictivo terreno intermedio entre lo que suponemos que es la normalidad y su opuesto, la anormalidad, dicotomía que también se reproduce en lo que se entiende por unicidad y su opuesto, la doblez.

Quizá una de las claves reveladoras en todo este enigma lo propone Michel Foucault a partir de la revisión que hiciera, casi al final de su vida, del pensamiento de Georges Canguilhem acerca de la condición ilusoria de normalidad y anormalidad, salud y enfermedad, a las que, tanto Foucault como Canguilhem, coinciden en otorgarles un amplio carácter provisorio, relativo y circunstancial. Propongo una lectura de esa dicotomía en el personaje principal de *El huésped*, a partir del pensamiento de los dos filósofos mencionados.

Según Canguilhem, y dicho en términos muy generales, lo que con-

sideramos normal no es otra cosa que la manifestación provisoria del error, es decir, la unicidad como sinónimo de normalidad entra en crisis; la salud como manifestación ideal de la vida es insuficiente; así como es insuficiente la razón para explicar las infinitas posibilidades de ser y estar en el mundo. Foucault, siguiendo a su maestro, Canguilhem, afirma que la historia misma de la ciencia se ha escrito a partir de la observación de las discontinuidades, los obstáculos y, en suma, los errores.



Desde esa visión, encuentra que el desarrollo de la ciencia, en tanto búsqueda de la verdad a partir de la experimentación y la observación empíricas, se basa en una continua superación de los errores, que son reemplazados por una noción de verdad que solo tiene vigencia hasta que las ciencias mismas encuentran otra manifestación de esa supuesta verdad a la que le

asignan otro nombre, otra nomenclatura, otra fórmula o lo que sea, que no sería otra cosa que un nuevo, provisorio y circunstancial modo de nombrar el error. Por tanto, dice Foucault, siempre de la mano de Canguilhem, hay que cambiar de paradigma y comenzar a pensar en la historia de las ciencias a partir de la historia del error.

Volviendo a la novela de Nettel, Foucault y Canguilhem dirían que la conciencia de Ana respecto de sí misma, como un ser fragmentado, invadido, duplicado y enajenado, se basa en una idealización cultural de la norma, de lo correcto, de lo previsible. Por el contrario, desde el paradigma de la vida como error, Ana estaría en realidad viviendo su unicidad dentro de aquello que conocemos como doblez; su normalidad dentro de lo que concebimos como anormal; es decir, dentro de una forma provisorio de nombrar el error, producto de un proceso de selección y eliminación de enunciados. Dicho de otro modo, tanto aquello que llamamos salud, como su opuesto, enfermedad, resultan arbitrarios en este caso.

En este punto vale una digresión acerca de la manera en que otras obras de la literatura latinoamericana se han acercado a esta noción de la vida como un error. Pienso, por ejemplo, en el cuento La doble y única mujer, de Pablo Palacio. En este relato, la narradora hace un declaración explícita de su doblez, un reconocimiento de su extrañeza como un ser doble y único a la vez: “Mi espalda, mi atrás, es, si nadie se opone, mi pecho de ella. Tengo dos cabezas, cuatro brazos, cuatro senos, cuatro piernas (...) Yo-primerasoy menor que yo-segunda”.

Palacio construye un personaje que representa las múltiples posibilidades de coexistencia entre la doblez y la unicidad al mismo tiempo: física (dos cuerpos en uno); lingüística (uso ambiguo de las palabras, los nombres, pronombres y adjetivos); ontológica (es un ser doble, pero único a la vez, es decir, irrepitiblemente doble) Con ello, desestabiliza el binarismo que separa lo normal de lo anormal. Su doble y única mujer no es un ser fragmentado ni, mucho menos, discapacitado. Por el contrario, su condición le per-

mite traspasar a su antojo las líneas divisorias entre lo que la cultura ha impuesto como normal y anormal.

Sin embargo, predomina una fuerza unificadora. Yo-primer y yo-segunda reciben la misma orden cerebral para caminar hacia adelante, lo cual confirma su unicidad. Curiosamente, esa unicidad provoca tensión entre ellas, puesto que, para caminar en una misma dirección, la una tiene que imponerse y dominar a la otra, de lo contrario habrían tenido que partirse. En este caso, la doblez habría significado menor tensión, puesto que si la una recibía la orden de caminar hacia adelante y la otra hacia atrás, la doble y única mujer habría podido caminar desde el principio en una sola dirección sin tener que someterse una a la voluntad de otra.

Yo diría que tanto Nettel, ahora, como Palacio, en su tiempo, escriben para proponer otra ética ante la verdad y ante el error. La evolución de sus personajes consiste en abandonar la idea perturbadora de su doblez y acercarse más al reconocimiento de su unicidad, conflic-

tiva y todo, pero unicidad finalmente. “Hay entre mí –primera vez que se ha escrito bien entre mí- un centro a donde fluyen y de donde refluyen todo el cúmulo de fenómenos espirituales, o materiales desconocidos, o anímicos, o como se quiera.”, dice la doble y única mujer.

2. La ceguera como camino paradójico para esclarecer la vida

Uno de los hechos más significativos en el proceso de crecimiento de Ana es el encuentro con un ciego en un ascensor. “Sus ojos estaban cubiertos por un velo blanco, de aspecto cremoso, y parecían perdidos dentro de las cuencas”. La reacción que siente en su interior ante la cercanía de un ser privado de la luz, que se orienta en el mundo y que manipula los botones del ascensor mediante un sistema de signos llamado Braille, paradójicamente, le permite echar luces sobre su relación con La Cosa. “...junto a cada número del tablero había un dibujo formado por una serie de círculos diminutos y en relieve. Esas perforaciones eran exacta-

mente iguales a las que yo había estado buscando”.

El dibujo que ella había dejado con su mordida en el brazo de su hermano era en realidad un mensaje cifrado en Braille. Esa revelación desata en Ana una serie de inferencias aterradoras: ¿Los ciegos están confabulados con La Cosa? ¿La Cosa misma pertenece al mundo de los ciegos? Entiende entonces que para poder convivir con La Cosa tiene que encontrar las claves en el mundo de los ciegos. Y es quizá en esta paradoja donde adquiere mayor significado la epistemología de la vida como error y caos que como orden y sistema.

Por ello, consigue un trabajo como lectora en un instituto para ciegos, una entidad en decadencia, donde los familiares de los no videntes acuden para olvidarse de ellos. Su tarea consiste en leer en voz alta para una audiencia que se mueve entre la expectativa por el relato y la apatía por sus propias vidas. Ana aprende y perfecciona el lenguaje Braille y decide que puede tratar a La Cosa como a una hermana ciega. Entonces la ceguera

viene a ser una manera de situarse en el error de la vida en lugar de hacerlo en la verdad de la vida, como diría Canguilhem.

Aquí descubre que la huella de su mordida en la muñeca de su hermano —que lo lleva, primero, a un prolongado estado de agonía y, finalmente, a la muerte, de la cual siempre ella se sentirá culpable— es su propio nombre escrito al revés como en un espejo. La Cosa, mientras tanto, entra en un estado de adormecimiento, ese ambiguo estado de serenidad en el peligro, del que no se puede saber si corresponde a la paz o simplemente a un repliegue estratégico antes de continuar el ataque.

Aquí el relato presenta un cambio significativo en cuanto a la voz narrativa. La novela comienza con la voz intimista y atormentada de la niña que sospecha la presencia de La Cosa en su interior. Pero a medida que crece, que transcurre su adolescencia, su desarrollo sexual y sensual; a medida que se afianza su relación con los ciegos y, posteriormente, con los mendigos del metro de México, la voz

adquiere un tono más dialógico, más claro, incluso irónico.

La ceguera, tradicionalmente relegada al ámbito de las discapacidades, se posiciona como un lugar desde donde ejercer, paradójicamente, una mirada: "En la calle, los ciegos pueden parecer integrantes de una secta. La forma en que caminan, la expresión de su rostro los hace ver como si aprovecharan cada segundo de silencio para perderse en meditaciones sobre lo que no pueden mirar". Sin embargo, no todas las cegueras son iguales. En medio de una aparente similitud, también existen grandes diferencias, el error del error, podríamos decir en este caso.

Los ciegos con lazarillos, los ciegos contemplativos (extraño uso del verbo contemplar), los ciegos deportivos, los ciegos estudiosos, los ancianos ciegos, las mujeres ciegas, los niños ciegos, los ciegos de cantina, de prostíbulo, los ciegos artistas, los ciegos deformes y jorobados... y así, un largo inventario de cegueras constituye un argumento más a favor de la epistemología de la vida como un error.

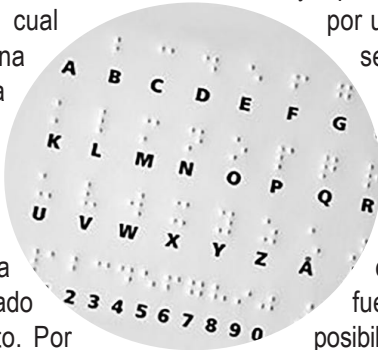
Desde la reconciliación con el error, también parece que la mirada de la protagonista de esta historia se transforma. Ya no es una mirada desde adentro hacia el exterior que la intimida, sino una mirada con el mundo exterior, con los ciegos y mendigos con los que ha construido comunidad. Puesto que la anomalía atraviesa la vida de punta a punta, hay que volver a nombrar las cosas, aproximarse a ellas desde otra ética y desde otra epistemología. Ana comienza a asumir, de manera inconsciente, esa otra mirada respecto de sí misma.

3. El devenir hacia la mendicidad y la locura

En el instituto para ciegos Ana conoce a un mendigo de pierna mutilada a quien todos conocen como El Cacho, una suerte de líder intelectual entre los no videntes, a quienes les ofrece clases de historia, política, realidad nacional. El Cacho también es un habitante de las profundidades del metro de México, donde ejerce como líder político en compañía de un ciego conocido como Madero.

Ceguera y mendicidad; oscuridad y marginalidad se convierten en el espacio donde Ana recién comienza a sentir lazos de comunidad, no digamos todavía de pertenencia, pero sí de una fuerza interna que está más lejos de la curiosidad y más cerca de la identificación. Entre otras cosas, descubre que el lenguaje Braille le resulta sorprendentemente fácil de aprender. La ceguera es el lugar desde el cual puede ejercer una mirada. La vida desde el error comienza a tomar sentido.

Entonces La Cosa parece haber tomado el control absoluto. Por primera vez Ana experimenta la atracción por la calle y, por primera vez también, comienza a reconocerse como un ser sensual. “Al mismo tiempo, descubría con asombro una sensualidad nueva. Mis cadera y mis pechos, antes totalmente pueriles, eran cada vez más prominentes, como si los dominara una voluntad ajena. Poco a poco, el territorio pasaba bajo su control”.



La voz narrativa aquí se vuelve ambigua. Habla de La Cosa y de ella misma como de un solo ser. “A la cosa le gustaba la calle, podía caminar horas con mis pies pequeños y sus pasos sin rumbo, descubriendo la ciudad, recorriéndola como por primera vez”.

La noción de sí misma como un ser escindido, que domina la mayor parte del relato, cede por una noción de un ser que recupera su unicidad, pese al miedo que eso le produce. “Siempre estaba la angustia de que esta vez fuera definitivo, sin posibilidades de retorno y, por más que golpeará las paredes de la celda y me sangraran los dedos tratando de abrir la puerta, todo permanecería en su sitio, en ese nuevo orden establecido.”

En este punto, la trama de la novela, que se ha desarrollado casi exclusivamente en el orden mental, pasa al orden corporal. El dilema del pensar y entender, que

fractura la psiquis de Ana, se convierte ahora en el dilema de vivir y sentir, que liberan su cuerpo.

Ana comienza a vivir la vida de los habitantes del subsuelo. Comienza a vivir la vida desde el error y lo hace desde la ocupación física de un espacio. Su cuerpo adquiere una nueva forma de ser y estar en el mundo. Desde la mirada normativa del orden y el poder, el cuerpo de Ana es el cuerpo marginal, el cuerpo abominable, y su lugar de vida es el lugar de los monstruos.

Aquí entra en juego otra dimensión física y ontológica desde la cual se puede leer esta historia: la monstruosidad. El filósofo italiano Antonio Negri propone una lectura de la función que cumplen y el lugar que ocupan los cuerpos en la inmensa trama de la historia y el poder. Y lo hace a partir de la figura del monstruo, desde cuya complejidad también se puede explicar la complejidad de la protagonista de esta novela.

Según Negri, el principio en que se funda el poder en las sociedades clásicas es la eugenesia. Se trata

de un principio ontológico, metafísico, según el cual hay seres bien nacidos, dotados de una marca de origen para gobernar y ejercer el poder por autoridad natural. Todo lo que está por fuera de la ontología eugenésica, dice Negri, es monstruoso.

Si aplicamos esta aseveración a la protagonista de *El huésped*, resulta que Ana comienza a convertirse exactamente en lo que, desde la razón moderna y el capitalismo, se denominaría un monstruo. En la modernidad, continúa Negri, el monstruo es lo opuesto a la razón, por tanto, pertenece a las márgenes. El monstruo es la expresión del caos, de la ausencia de orden y de sentido orgánico, podría yo añadir a esta reflexión.

Al respecto, Negri plantea que ha tenido que ser la teoría marxista de la lucha de clases la que desestabilice y rompa el principio eugenésico del poder, porque saca al monstruo de las márgenes y lo hace visible como sujeto histórico. Así, Marx le otorga al capitalismo también una condición monstruosa a partir de la teoría de la plusvalía y de la historia de la explotación.

La racionalidad que sostiene la reproducción del capital y la maximización de la ganancia, en la concepción marxista, es monstruosa.

Aquí entramos en un terreno más complejo, porque en el mundo capitalista, dice el pensador italiano, existe mayor conciencia y mayor identificación con la monstruosidad del sufrimiento que con la racionalidad del poder: Por eso: “Solo un monstruo es el que crea resistencia ante el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción; y solo un monstruo es el que obstruye la lógica del poder”. En otras palabras, el monstruo, en tanto error del capitalismo, se convierte en una fuerza en sí misma, con capacidad de actuar a favor o en contra del poder.

De ahí que la reflexión de Negri, de alguna manera, es un avance hacia la propuesta de Foucault y Canguilhem, de comenzar a pensar la vida desde la teoría del error, desde la monstruosidad. Dice Negri. “Comenzamos a leer la historia desde el punto de vista del monstruo, como producto y umbral de aquellas luchas que nos han li-

berado de la esclavitud a través de la fuga, del dominio capitalista a través del sabotaje y, siempre, a través de la revuelta y la lucha”

Así, el monstruo se ha insertado en el mismo sistema que antes lo excluía, se ha refuncionalizado y ocupa todo el campo político, todos los niveles de la producción, todos los espacios de la vida. En otras palabras, el monstruo ha devenido en sujeto político y el poder lo incluye y lo excluye según lo considere bueno -producto de su propia tecnología de poder-, o malo -producto de una ontología natural-, en todo caso, peligroso.

La pregunta que corresponde aquí es: ¿En qué medida Ana y la comunidad de ciegos y mendigos constituyen un monstruo político? Quizá en la medida en que es un elemento inserto en el sistema, pero que funciona como obstáculo, aunque en un territorio indeterminado, las profundidades del metro de México. Es decir, en el umbral entre un adentro y un afuera del sistema. Por tanto, aquí el monstruo -Ana, desdoblada, invadida, lumpenizada y loca- de alguna manera también es una fuerza de re-

sistencia a la norma mediante la fuga.

En un momento de esta historia, los mendigos participan en un acto de protesta política que consiste en llenar unas cajas con mierda humana para distribuirlas en los recintos electorales donde se llevarán a cabo las elecciones para diputados. La operación termina en tragedia cuando la Policía secuestra y asesina a Marisol, la nueva amiga que Ana a hecho en el mundo de la mendicidad. El cuerpo de Marisol aparece días después con una marca en sistema Braille en un brazo, señal visible de que La Cosa ha vuelto. Ana parece dispuesta a tomar el lugar de Marisol como compañera sentimental de El Cacho. El cuerpo maloliente del marginal, que antes repugnaba a Ana, de pronto, se erotiza y se vuelve deseable.

De este modo, la novela concluye con una suerte de realización al revés. Ana decide andar el camino contrario a la pulsión racional de luchar contra la anomalía en busca de la normalidad. La relación conflictiva y atormentada de Ana con La Cosa baja en intensidad a me-

didada que Ana se interna más en el mundo de la mendicidad hasta convertirse en otro habitante del metro, donde por fin parece haber encontrado su lugar en el mundo: “Poco importaba entonces dónde elegía vivir, no había fuera ni dentro, libertad o encierro, solo esa paz imperturbable y nueva”.

Y es en el último párrafo donde se resuelve definitivamente el dilema entre la unicidad y la doblez, cuando Ana se sienta en las gradas del metro a esperar la llegada de La Cosa, con quien se ha diluido la confrontación. “Por fin llegas”, le dice a modo de saludo, esta vez sereno y reposado. Ella y su habitante interno ya no están separadas por un eje lineal de oposición. “Durante varios minutos La Cosa y yo escuchamos juntas el murmullo de los metros que iban y venían, uno después de otro, pero siempre iguales, como un mismo tren que regresa sin cesar”. La figura del metro, con su eterno ir y venir, en el que no se distingue ya si está de ida o de vuelta, produce al final del relato esa noción de circularidad, de unicidad, que la protagonista ha estado buscando siempre, pero desde el lado de la

razón, es decir, desde el lado en nombre provisorio de la verdad.
que siempre se busca la verdad
sin encontrarla. Pero en este caso,
la locura también puede ser el Quito, febrero de 2015

BIBLIOGRAFÍA

- Foucault, Michel (2007) La vida: la experiencia y la ciencia. En Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín, comp. Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida. México. Paidós.
- Nettel, Guadalupe (2006) El huésped. Barcelona. Anagrama
- Negri, Antonio (2007) El monstruo político. Vida desnuda y potencia (en Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez, comp. Ensayos sobre biopolítica. Excesos de la vida, Paidós, BAS. Barcelona-México)
- Palacio, Pablo (2004) La doble y única mujer. En Palacio, Pablo. Obras escogidas. Quito. Casa de la Cultura Ecuatoriana

- * **Gustavo Abad.** Periodista, investigador de la comunicación y docente universitario. Ha trabajado en varios medios como El Comercio, HOY, El Universo y El Telégrafo en las áreas de Investigación y Cultura. Ha publicado los libros: "El monstruo es el otro: la narrativa social del miedo en Quito" (2005); "Medios y movilidad humana. Pautas para informar sobre hechos migratorios" (2009); "Representación de la cultura afroecuatoriana en los textos de educación básica en el Ecuador" (2010); "El club de la pelea: gobierno y medios, un entramado de fuerzas y debilidades" (2011); "Ecuavoley: la ovación voluntaria" (2011) y decenas de ensayos periodísticos y académicos. Docente de la Facultad de Comunicación Social-FACSO. Ex editor de la revista Chasqui de CIESPAL. Magister en Estudios de la Cultura-Mención en Comunicación. Candidato a Doctor en Literatura Latinoamericana por la Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador.